



VIDA Y HECHOS DEL FAMOSO CABALLERO

Don Catrín de la Fachenda

José Joaquín Fernández de Lizardi



Don Catrín de la Fachenda es una crítica del sistema colonial vigente en la época en la que fue escrita (1820). México, es a la sazón una sociedad inestable debido a los enfrentamientos entre realistas e insurgentes que desembocarán en la independencia de la República y nacimiento de la nación mexicana. La descripción de las clases sociales es capital en la obra puesto que el objetivo de Lizardi es educar a la sociedad del XIX con avisos sobre comportamientos ejemplares o perniciosos.

Introducción

José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827) eligió escribir novelas, el camino de la ficción, cuando la libertad de imprenta fue suspendida a raíz de sus peticiones y ataques de sinceridad en *El Pensador Mexicano* (de donde tomó su seudónimo). Habló demasiado claro en los años del tirano virrey Francisco Javier Venegas. Tras el fracaso de la guerra libertaria que encabezaron Hidalgo y Morelos, y durante la fingida paz de 1819, redactó *Don Catrín de la Fachenda*, novela que el censor Mercadillo aprobó. Sin embargo, Lizardi no logró publicarla por falta de suscriptores. Desde hacía años se veía llegar su excomuniación; le aplicaron el anatema en 1822. Entonces hubo de habilitarse con una imprenta para «dar a luz» esta obrita. Pero nadie compra los acudidos de quien se perfila como excomulgado y acaba siéndolo. La obra se editó postumamente, en 1832, cinco años después de muerto su autor. Sus contemporáneos se la perdieron; a nosotros llega como resultado de un largo trabajo de crítica, esto es, de corrección.

Como discurso o acto del habla, *Vida y hechos del famoso caballero...* tiene un aspecto perlocucionario, es decir, qué se esperó al emitirse, o sea, para qué y para quién fue redactado. Su destinatario fue un «pueblo» mayoritariamente analfabeto, que invertía sus ratos libres en escuchar leer «papeles». Para quien asumió esta tarea mediadora, las itálicas sirvieron como indicador de qué mensaje había de enfatizar; por ejemplo, que la nobleza es una virtud moral, y en su acepción clasista, un absurdo anacrónico. Esta antigua y sana forma de pasatiempo explica por qué las publi-

caciones aparecían como folletos y las novelas por entregas: eran escenificables durante los momentos de convivencia. Este pueblo destinatario estaba formado por los contemporáneos y coterráneos de Lizardi. Nunca imaginó que su texto fuera leído en el futuro, que hiciera palabra en la petulantemente llamada república de las letras. Nosotros lo espiamos por la cerradura. Como la acción se desarrolla en escenarios conocidos por los receptores, están eliminadas las descripciones de almuercerías, prostíbulos, casas de juego, mercados, Coliseo, Universidad, templos y paseos. Bastaba con nombrarlos. En cambio, el interés lizardiano de zaherir el ocio y las costumbres de los ricos puntualiza sus horarios.

Lo último indica que el aspecto perlocucionario implica el locucionario: qué se dice, y el aspecto ilocucionario, qué se hace al hablar (se promete, ordena, describe...) y, derivadamente, en qué género, lenguaje y estilo, esto es, con qué estrategias del lenguaje. En *Don Catrín* abundan las marcas de la oralidad, ajenas al prurito «esteticista» dieciochesco, empeñado en respetar puntualmente las reglas de los textos clásicos grecolatinos y españoles, o manías de los *cultilatiniparlos* en expresión de nuestro autor. Aun cuando reproduce el habla de condes, militares, curas y mendigos, el narrador, que es el mismo protagonista, el lenguaje lizardiano fue accesible para un auditorio popular. La novela abunda en diálogos, recurso teatral que, durante su escenificación, permitía cambiar los tonos de voz y añadir gesticulaciones. Por último, cada escena sería completada en una entrega: cada cosa sucede una sola vez, sin repeticiones (es un texto de «frecuencia singulativa»).

Como se infiere de lo antes dicho, los mensajes, la semántica, el aspecto locutivo del discurso lizardiano pone el dedo en una llaga social infectada: la organización clasista que hubo. Infestaron las ciudades una cantidad, que aumentaba exponencialmente, de vagos sin oficio ni beneficio. Entre éstos algunos ostentaban sus escudos, títulos y

ejecutorias; sus ínfulas de señorío eran una paradoja en tanto fueron muertos de hambre que pragmáticamente sobrevivían a costa de quienes veneraban su «sangre azul». Estos pillos vivieron de los «simplicios» que veneraban la majestad de petate de tales hidalgos.

El presumido Don Catrín aprendió que lo justo se mide según la medida de la fuerza o dominio, y que la altiva solemnidad es base del respeto. El practicante que escribe estas memorias etiqueta a este currutaco empobrecido, o fifí pura «cascarita», como un inmoral. No. Fue un amoral, para quien robar es hacer la necesaria diligencia; ingenioso, quien desacredita la honra ajena, y las enfermedades venéreas son recuerdos de la hermosísima Venus. Como este protagonista nunca imaginó un futuro mejor, aceptaba las cosas tal cual eran, incluso consideró un honor haber visitado el presidio en el Morro de La Habana, aunque hubiera ido encadenado como diptongo. Como desconoce el significado de «bien» y de «mal», para él no existe nada criminal ni el menor asomo de culpa.

Don Catrín fue amoral y ridículo, porque sus pretensiones de linaje, de «sangre» que hereda bienes y cargos, iban siendo insostenibles desde la perspectiva ilustrada de Fernández de Lizardi. Esto se agravó en nuestra América, donde los «títulos de nobleza» se adquirieron por servicios durante la Conquista, lo cual, en tierras bajo el fermento de ideales independentistas, fue valorado como crimen de lesa patria. Don Catrín es fósil viviente ya sin honor, ni renta, ni dama, ni enemigo. Un catrín, rico en ínfulas y pobre de bolsa, molestaba incluso a los nobles que aún conservaban algún dinerillo, porque entreveían en aquella caricatura el futuro de su abolengo o pérdida de su poder.

En la Nueva España, los inicios del siglo XIX se caracterizaron por un marasmo político y una economía devastada que trajeron aparejadas grandes hambrunas y epidemias de peste. La novela se encarga de puntualizar que la galería de vicios catrinescos no era la única culpable de aquel

marasmo social. Los terratenientes, mineros, obispos y cardenales también eran vagos y egoístas antisociales.

Vida y hechos... pormenoriza que la altivez clasista de los ricos era fomentada por la educación familiar, empeñada en que el niño llegara a gobernar, o ser patriarca de las Indias, sin que aceptase oficios plebeyos; también los padres se empeñaban en que el ego de su hijo nunca fuera afectado por las críticas. Ni siquiera enseñaban a sus hijos a escribir correctamente: para qué, si los pendolistas o escribanos harían este trabajo y hasta ponderarían aduladoramente el ingenio de quien les pagaba.

La estructura de la novela es de estilo directo («homodieético»): Don Catrín dicta la historia de su vida para sus compañeros de fechorías (el éxito estaba asegurado porque la lacra catrinesca abundaba en las ciudades). El recurso de que el narrador cuente su propia historia se conoce como «focalización cero». Este relato engolado sigue el orden lineal de la sucesión cronológica: desde el niño que asistió a la boda de sus padres hasta su hidropesía y muerte. El epílogo corre a cargo del practicante que ha manuscrito las peripecias de tan ilustre caballero.

El cura Mercadillo comparó *Vida y hechos...* con *Don Quijote*, observación aguda: Lizardi siempre escribió con la mano derecha mientras posó la izquierda en las aventuras del hidalgo manchego. Específicamente estos libros están salpimentados con dichos y refranes populares. Cervantes bombardeó la figura del narrador omnisciente mediante el juego de supuestos autores. Lizardi, también: si en el centro de la diégesis o historia está Don Catrín, en el último momento nos enteramos que llega a nosotros su versión biográfica escrita por el pendolista, un médico. Otro recurso barroco que comparten ambos escritores es la mezcla de géneros: relato, diálogo, citas, versos y el recurso testamentario. Los dos terminan los capítulos en un suspenso que invita a seguir recibiendo la oferta escritural.

Con Cervantes, Quevedo y Francisco de Isla, El Pensador Mexicano comparte el humor, esto es, la ironía que obliga a negar lo dicho literalmente, como si leyéramos a contraluz lo que la letra oculta: la obra se inicia con un exordio o proemio que prepara el ánimo no para ganar la benevolencia de sus receptores, sino para distanciarlo del «famoso caballero» protagonista. Como estamos ante la parodia irónica de un currutaco o afectado seguidor de modas, sin ninguna complicación psíquica, la novela abunda en las marcas de inadecuación entre un estilo vanidoso, que se pretende sublime, y la pobreza económica e ideológica del ridículo Don Catrín. No es un texto cómico que provoque la carcajada, sino que tiene fuerza deflagratoria aplicada a circunstancias históricas abyectas y críticas o graves. Pero no se trata de un humor sarcástico, sino que explica por qué hubo gente adaptada y amoral. Esto incita a los lectores a actuar como las máscaras del teatro: con una ríen mientras con la otra lloran. Y lloran porque si al sanar de su locura redentora o utópica, Don Quijote muere de melancolía o depresión, Don Catrín ni siquiera entrevió un mañana más justo para aquel México que se estaba fundando como nación independiente.

Don Catrín también puede clasificarse dentro de la picaresca: se ofrece como un manuscrito que debía circular del emisor a sus cómplices; está escrito en primera persona; el relato es lineal, sin prolepsis o anticipaciones, ni retrospectión o analepsis; se ofrece como parodia de las biografías heroicas y de los poderosos, aunque, como en las novelas de picaros, los nombres de los personajes son explícitamente simbólicos: Precioso, Tremendo, Modesto, Justo, Tarabilla, Simplicio, Moderato y Sagaz. Don Catrín mismo no tiene nombre: sólo tenemos un pleonasma, es un elegante, petimetre o catrín, y vanidoso o fachenda. No obstante, estos prototipos son más cercanos a la realidad que los personajes de las otras novelas lizardianas.

La mezcla barroco-picaresca de *Vida y hechos...* no contradice la finalidad instructivo correctora del Lizardi ilustrado, sólo que la logra mejor que cuando nos sermonea en *El Periquillo Sarniento* o en *La Quijotita y su prima*. Estas últimas novelas están más cerca del *Gil Blas de Santillana* de Lésage y del *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán, porque insisten en moralejas redundantes dichas por unos personajes amorales que, incoherentemente, repiten «yo me acuso y arrepiento», o sea que estos escritos sobrepujaron la conciencia del escritor a los caracteres que inventó. Nada de esta crítica escapó a Lizardi: inicia *Don Catrín* diciendo que ha descargado la novela de episodios inoportunos y digresiones fatigosas. Sí topamos con las voces moralizantes de Justo, Modesto, Cándido y del cura de Jalatlaco. Si bien este nombre refiere un lugar ubicable en un mapa, también pudo leerse como jala-tlaco, siendo un tlaco la moneda de centavo y medio que más usaron los pobres. Y algo hay de esto, porque «Cura de Jalatlaco» fue un seudónimo que utilizaron Manuel Gutiérrez Nájera y Victoriano Pimentel.

Hay una notable aportación lizardiana a la picaresca. Ésta no se había ocupado de la nobleza más que incidentalmente, por mediación del desarrapado protagonista. Una influencia intertextual puede hallarse con el Tratado III, Primera parte de *El Lazarillo de Tormes*: en Toledo, un fantástico hidalgo, vestido «de razón», se pasea escarbándose los dientes con un palillo, con éste simula su hambre feroz (también Don Catrín llevaba un palillo o mondadientes). Este esbozo de carácter es desarrollado magistralmente en la obra lizardiana.

Don Catrín de la Fachenda es una novela lozana, que fluye sin trabas. De las lizardianas, es la más actual o conforme con las letras contemporáneas. Funciona como un pasatiempo. Además, como un cuadro impresionista, con unas cuantas pinceladas retrata el *ethos*, o sea las maneras y costumbres de una Colonia en franca crisis. El Pensador

Mexicano nunca pensó que los principales lectores de esta novela vivirían a fines del siglo XX e inicios del siglo XXI. Somos nosotros quienes hemos decidido no espiarlo más por la cerradura, sino abriendo sus páginas, asistir a su merecida fiesta de resurrección.

María Rosa Palazón Mayoral

Capítulo I

En el que hace la apología de su obra, y
da razón de su patria, padres, nacimien-
to y primera educación

Sería yo el hombre más indolente, y me haría acreedor a las execraciones del universo, si privara a mis compañeros y amigos de este precioso librito, en cuya composición me he alambicado los sesos, apurando mis no vulgares talentos, mi vasta erudición y mi estilo sublime y sentencioso.

No, no se gloriará en lo de adelante mi compañero y amigo *El Periquillo Sarniento* de que su obra halló tan buena acogida en este reino, porque la mía, descargada de episodios inoportunos, de digresiones fastidiosas, de moralidades cansadas, y reducida a un solo tomito en octavo, se hará desde luego más apreciable y más legible: andará no sólo de mano en mano, de faltriquera en faltriquera y de almohadilla en almohadilla, sino de ciudad en ciudad, de reino en reino, de nación en nación, y no parará sino después de que se hayan hecho de ella mil y mil impresiones en los cuatro ángulos de la tierra.

Sí, amigos catrines, y compañeros míos, esta obra famosa correrá... dije mal, volará en las alas de su fama por todas las partes de la tierra habitada y aun de la inhabitada; se imprimirá en los idiomas español, inglés, francés, alemán, italiano, arábigo, tártaro, etcétera; y todo hijo de Adán, sin exceptuar uno solo, al oír el sonoro y apacible

nombre de don Catrín, su único, su eruditísimo autor, rendirá la cerviz y confesará su mérito recomendable.

¿Y cómo no ha de ser así, cuando el objeto que me propongo es de los más interesantes y los medios de los más sólidos y eficaces? El objeto es aumentar el número de los 2 catrines; y el medio, proponerles mi vida por modelo... He aquí en dos palabras todo lo que el lector deseará saber acerca de los designios que he tenido para escribir mi vida: pero ¿qué vida?, la de un caballero ilustre por su cuna, sapientísimo por sus letras, opulento por sus riquezas, ejemplar por su conducta y héroe por todos sus cuatro costados: pero basta de exordio, *operibus credite*. Atended.

Nací, para ejemplo y honra vuestra, en esta opulenta y populosa ciudad por los años de 1790 o 91, de manera que cuando escribo mi vida tendré de treinta a treinta y un años, edad florida, y en la que no se debían esperar unos frutos de literatura y moralidad tan maduros como los vais a ver en el discurso de esta obrita. Pero como cada siglo suele producir un héroe, me tocó a mí ser el prodigio del siglo diez y ocho en que nací, como digo, de padres tan ilustres como el César, tan buenos y condescendientes como yo los hubiera apetecido aun antes de existir y tan cabales catrines que en nada desmerezco su linaje.

Mis padres, pues, limpios de toda mala raza y también de toda riqueza, ¡propensión de los hombres de mérito!, me educaron según los educaron a ellos, y yo salí igualmente aprovechado.

Aunque os digo que mis padres fueron pobres, no os significo que fueron miserables. Mi madre llevó en dote al lado de mi padre dos muchachos y tres mil pesos; los dos muchachos, hijos clandestinos de un título, y los tres mil pesos hijos también suyos, pues se los regaló para que los mantuviera. Mi padre todo lo sabía; pero ¿cómo no había de disimular dos muchachos plateados con tres mil patacones de las Indias? Desde aquí os manifiesto lo ilustre de mi cuna, el mérito de mamá y el honor acrisolado de mi padre;

pero no quiero gloriarme de estas cosas: los árboles genealógicos que adornan los brillantes libros de mis ejecutorias y los puestos que ocuparon mis beneméritos ascendientes en las dos lucidísimas carreras de las armas y las letras, me pondrán, *usque in aeternum*, a cubierto de las notas de vano y sospechoso cuando os aseguro a fe de caballero don Catrín que soy noble, ilustre y distinguido por activa, por pasiva y por impersonal.

Mas, volviendo al asunto de mi historia, digo que por la ceguedad de la fortuna nací, a lo menos, con tal cual decencia y proporciones, las que sirvieron para que mi primera educación hubiera sido brillante.

No había en mi casa tesoros, pero sí las monedas necesarias para criarme, como se me crió, con el mayor chiqueo. Nada se me negaba de cuanto yo quería, todo se me alababa, aunque les causara disgusto a las visitas. A la edad de doce años, los criados andaban debajo de mis pies, y mis padres tenían que suplicarme muchas veces el que yo no los reconviniere con enojo: ¡tanta era su virtud, tal su prudencia y tan grande el amor que me tenían!

Por contemporizar con un tío cura, eterno pegoste y mi declarado enemigo, *ab ineunte aetate*, o desde mis primeros años, me pusieron en la escuela o, por mejor decir, en las escuelas, pues varié a lo menos como catorce, porque en unas descalabraba a los muchachos, en otras me ponía con el maestro, en éstas retozaba todo el día, en aquéllas faltaba cuatro o cinco días a la semana; y en estas y las otras aprendí a leer; la doctrina cristiana según el *Catecismo* de Ripalda; a contar alguna cosa y a escribir mal, porque yo me tenía por rico y mis amigos los catrines me decían que era muy indecente para los nobles tan bien educados como yo el tener una letra gallarda ni conocer los groseros signos de la estrafalaria ortografía. Yo no necesitaba tan buenos consejos para huir las necias preocupaciones de éstos que se dicen *sensatos*, y así procuré leer y contar mal, y escribir peor.

¿Qué se me da, amados catrines, parientes, amigos y compañeros míos, qué se me da, repito, de leer así o asado, de sumar veinte y once son treinta y seis, y de escribir *el cura de Tacubaya salió a casar conejos*? Dícenme que esto es un disparate; que los curas no casan conejos sino hombres racionales; que cazar con z significa en nuestro idioma castellano matar o coger algún animal con alguna arma o ardid, y casar con s es lo mismo que autorizar la liga que el hombre y la mujer se echan al contraer el respetable y santo sacramento del matrimonio. ¿Qué se me da, vuelvo a deciros, de éstas y semejantes importunas reconvenciones? Nada a la verdad, nada seguramente, porque yo he tratado y visto murmurar a muchos ricos que escribían de los perros; pero a vueltas de estas murmuraciones los veía adular y recomendar por los más hábiles pendolistas del universo; lo que me hace creer, queridos míos, que todo el mérito y habilidad del hombre consiste en saber adquirir y conservar el fruto de los cerros de América.

Tan aprovechado como os digo salí de la escuela, y mis padres me pusieron en el colegio para que estudiara, porque decían los buenos señores que un don Catrín no debía aprender ningún oficio, pues eso sería envilecerse; y así que estudiara en todo caso para que algún día fuera ministro de Estado o por lo menos patriarca de las Indias.

Yo en ese tiempo era más humilde o tenía menos conocimiento de mi mérito, y así no pensaba en honras ni vanidades, sino en jugar todo el día, en divertirme y pasarme buena vida.

Los maestros impertinentes me reñían y me obligaban a estudiar algunos ratos, y en éstos... ¡lo que es un talento agigantado!, en estos cortos ratos que estudié a fuerza, aprendí la gramática de Nebrija y toda la latinidad de Cicerón en dos por tres; pero con tal felicidad, que era la alegría de mis condiscípulos y la emulación de mis cansados preceptores. Aquéllos reían siempre que yo construía un verso de Virgilio o de Horacio, y éstos se rebanaban las tri-

pas de envidia al oírme hacer régimen de una oración, porque yo les hacía ver a cada paso lo limitado de sus talentos y lo excesivo del mío.

Me decían, por ejemplo, que *ego, mei* no tenía vocativo, y yo les decía que era fácil ponérselo y necesario el que lo tuviera, pues no teniendo vocativo, no se podrá poner en latín esta oración: «¡Oh yo, el más infeliz de los nacidos!», y poniéndole el vocativo *ego*, diremos: *O ego infelicio-rior natorum!*, y ya está vencida esta dificultad, y se podrán vencer así iguales injusticias y mezquindades de los dramáticos antiguos.

La oposición que hice a toda gramática fue de lo más lucido; ni uno hubo que no se tendiera de risa al oírme construir aquel trilladísimo verso de Virgilio:

Tityre, tu patulae recubans sub tegmine fagi, que volví al castellano de este modo: *Tu recubans*, tú amarrarás; *Tityre*, a los títeres; *patulae*, de las patas; *fagi*, con una faja; *sub tegmine*, bajo de ciertos términos. Todos se reían, celebrando, ya se ve, mi habilidad; pero los maestros se ponían colorados, y aun me querían comer con los ojos desde sus sillas; ¡tanta era la envidia que los agitaba! Pero en fin, yo recogí mis galas, mis padres quedaron muy contentos y me pusieron a estudiar filosofía.

En esta facultad salí tan aprovechado como en gramática. A los dos meses ya argüía yo en *bárbara* que era un pasmo, y tenía un *ergo* tan retumbante, que hacía estremecer las robustas columnas del colegio, siempre con asombro de mis condiscípulos y bastante envidia de mis maestros.

Una ocasión, arguyendo con un rancio peripatético que defendía la existencia de cierto animal llamado entre sus antiguos patronos *ente de razón*, después de varias cosas que le dije, añadí este silogismo concluyente: *Si per alicujus actus eficeretur entis ratio, máxime per huic: per huic non; ergo per nullius.*

Las mesas y bancas de la clase resonaron con el palmeteo de los colegiales, que ya con su desentonada risa no dejaron proseguir el argumento. El sustentante me dio un apretado abrazo y medio real de carita, diciéndome: «Tenga usted el gusto de que es más fácil concebir un ente de razón, que poner otro silogismo en un latín tan crespito y elegante.» Todos me aplaudieron, todos me celebraron ese día, y no faltó quien escribiera el silogismo con letras de oro y lo pusiera sobre las puertas de la aula con este mote: *Ad perpetuam rei memoriam, et ad nostri Catrinis gloriam*; que resuelto a romance quería decir: «Para gloria de la memoria de la historia latinoria del ilustrísimo Catrín, que es de los nuestros catrines.» ¿Qué os parece, amigos y compañeros? ¿No os admira mi habilidad en tan pocos años? ¿No os espanta mi fama tan temprana? ¿No os ejemplariza mi conducta? Pues imitadme y lograréis iguales aplausos.

Así pasaron los dos años y medio del curso de artes, en los que tuve el alto honor de haber cursado la Universidad y el colegio con enteras aprobaciones de mis catedráticos y con colegas.

Al cabo de este tiempo, por parecerme poco premio, no quise obtener el primer lugar *in rectum* que me ofrecían y me contenté con el grado de bachiller, que le costó a mi padre treinta y tantos pesos, me parece; y aun éste lo admití porque ya sabía yo cuán necesario es ser bachiller en artes para adquirir los grados de licenciado, doctor y maestro; y como ser bachiller en artes es *conditio sine qua non*, me fue preciso bachillerear contra mi gusto.

Sin embargo, con mi gran título y diez y ocho años a costas, me divertía en las vacaciones que tuve, pasando el tiempo con mis compañeros y amigos, que eran muchos, y tan instruidos y tan buenos como yo.

Así que al tío cura le pareció que ya perdía demasiado tiempo, instó a mis padres para que me volvieran a soterrar en el colegio a estudiar facultad mayor; pero les dijo que